

¿CÓMO SE ENSEÑABA LA HISTORIA A LOS NIÑOS A FINALES DEL SIGLO XIX?

Nelly PALAFOX LÓPEZ*

LIMINAR

La primera invitación de los libros de historia en el siglo XIX consistía en levantar los ojos del texto y mirar un mapa de México. Tal parecía que el escenario era una primera hoja de ruta para observar el teatro de la historia y, a continuación, desplegar los actores y los sucesos. ¿Cómo se contaban entonces aquellas historias? ¿De qué manera se ordenaba el recuerdo y el olvido? ¿Qué actores quedarían subrayados y cuáles elididos? La historia, en los primeros libros, estaba en manos de los escritores y, poco a poco, fue cediendo ese lugar a la voz de los maestros normalistas; en algún punto se pensó que no había nadie mejor que ellos para saber cómo se debía transmitir el pasado y valorar la presencia de los acontecimientos más cercanos en un salón de clases. La voz y los gestos del profesor debían ser los principales comunicadores de las historias de la nación y el libro, ese incómodo y atractivo aliado, podría ser incluido, debatido y deseado por los maestros pero nunca borrado de los programas de estudio.

Los primeros libros de historia de México aparecieron en la primera parte del siglo XIX. Luz Elena Galván menciona en su ensayo “Memorias en papel. La historia como disciplina en el currículo de la escuela primaria 1867-1940”, que antes del Primer Congreso Nacional de Instrucción Pública ya circulaban en México por lo menos tres libros que buscaban ser promovidos en la educación básica: el de Manuel Payno, *Compendio de la Historia de México para el uso de establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana* (1870); el de Felipe Buenrostro, *Compendio de la historia antigua de México* (1877), y el de José Rosas Moreno, *Nuevo compendio de la historia de México, escrito en verso* (1877).

* Profesora de la Facultad de Letras Españolas de la Universidad Veracruzana y subgerente editorial del Fondo de Cultura Económica.

Por su parte, Beatriz Zepeda revisa los libros de civismo, geografía e historia como instrumentos de construcción nacional durante el periodo de 1855 a 1876. El corpus examinado por la autora¹ revela una “rica fuente de información acerca de lo que se considera legítimo, para ser activamente transmitido en las escuelas” (2012: 19). El primer texto estudiado por ella fue el *Catecismo político constitucional* (1861) de Nicolás Pizarro y fue el único escrito durante la Reforma con el abierto propósito de familiarizar a los niños con las ideas de ciudadanía. “Más allá de proporcionar instrucción política básica, el objetivo central del libro parece ser atraer a los jóvenes mexicanos hacia el campo liberal, mediante la presentación de una imagen maniquea de la lucha entre conservadores y liberales” (2012: 190). Beatriz Zepeda, al revisar los manuales, coteja y contrasta las ideas conservadoras o liberales contenidas en las páginas y se lleva algunas sorpresas al encontrar no una línea definida entre uno y otro pensamiento sino en ocasiones la convivencia de las dos posturas en un mismo lugar. Las afiliaciones liberales o conservadoras de los autores suelen perfilar interpretaciones sobre religión, política y procesos históricos que confirman sus posturas en el libro de texto, en el ensayo o en las decisiones políticas de la época. Por ejemplo, Zepeda nos recuerda el caso de José María Roa Bárcena, quien formó parte de la Asamblea de Notables que en 1863 ofreció el trono de México a Maximiliano de Habsburgo. En las páginas de su catecismo de geografía sintetiza algunos puntos de la historia de México con una particular lectura de los acontecimientos: el mérito de Agustín de Iturbide durante la guerra de Independencia, muy por encima del propio Miguel Hidalgo; la dominación española vista con simpatía por haber traído “entre los indios la luz del cristianismo” (*apud* Zepeda, 2012: 199); y la distinción entre el pasado prehispánico y aquél de la Conquista; se habla de un remoto Anáhuac en donde ocurrieron

¹ Los libros escolares estudiados por Beatriz Zepeda son: el *Catecismo político constitucional de Nicolás Pizarro* (1861); *Catecismo elemental de geografía universal con noticias más extensas y una carta de México*, de José María Roa Bárcena (1861); se hace mención del *Catecismo elemental de geografía de la República Mexicana* (1887), de Roa Bárcena, pero la autora no lo pudo localizar; *Compendio de geografía universal para uso de los establecimientos de instrucción primaria* (1871) y *Elementos de geografía de los Estados Unidos Mexicanos* (1890); en 1869 apareció en las librerías de Veracruz la *Geografía de los niños. Obrita elemental para los alumnos de establecimientos de educación*, de José María Ariza y Huerta, intelectual veracruzano, integrante de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística; el *Compendio de geografía de México* (1872), de Manuel Payno; *Compendio de historia de México* de Anastasio Leijia (ca. 1857); *Catecismo elemental de la historia de México*, de José Roa Bárcena (1862); *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción primaria de la República*, de Manuel Payno (1870); *Cartilla de la historia de México dedicada a las escuelas municipales de la República* (1870); *Curso de historia de México* (1871), de Eufemio Mendoza, y finalmente la *Cartilla de historia de México*, de Manuel Rivera Cambas (1873).

las hazañas de héroes como Cuauhtémoc y se fabricaron las “antigüedades” desplegadas en láminas y fotografías en los libros. El estudio de la geografía, emparentada con la historia y el civismo, emergió apenas en 1856 cuando se incorporó al programa de la escuela secundaria de niñas (2012: 196).

Parte de esa nueva conciencia histórica estaba enfocada a la reinterpretación del panteón de héroes, hombres y mujeres ilustres que contribuyeron a la Independencia nacional; asimismo se exaltaba el pasado indígena en la figura de algunos personajes mexicas y toltecas. Los héroes tenían su contraparte en los villanos; los nombres de Félix María Calleja o el virrey Marqués de Branciforte recibían adjetivos del tipo “sanguinario”, “cruel”, “ambicioso”, “rapaz” u “odiado”. En estos libros advertimos las elecciones semánticas, algunos de los cuales pervivirán incluso hasta nuestros días pensadas en periodizaciones y momentos coyunturales, junto con los epítetos de los personajes y ciertos escenarios que se desea recordar: la memoria es siempre selectiva.

MANUEL PAYNO O EL ORDEN DEL RELATO

Por comodidad, los lectores llamaban a las obras por el apellido del autor: el *Payno* de historia, el *Mantilla* para aprender a leer, el *García Cubas* de geografía, el *Carreño* de urbanidad; editores perspicaces tenían presente la facilidad de llamar a los libros por la parte más sencilla del crédito autoral, mucho más fácil que perder la respiración con el *Compendio de la historia de México para el uso de los establecimientos de instrucción pública de la República Mexicana* (título exacto), de Manuel Payno, que fue sin duda el libro con mejor recepción en las escuelas públicas y privadas de México durante los años setenta y ochenta del siglo XIX; prueba de ello son las páginas preliminares en donde se nos informa que la Compañía Lancasteriana lo adoptó en el ámbito nacional el 10 de junio de 1870; el gobierno del Estado de México hizo lo propio el 5 de mayo y gozó de buena acogida en las escuelas municipales de Veracruz.² En su prólogo se muestra la interacción que había tenido con los gobernadores de Sinaloa y Sonora para ampliar y enriquecer las secciones de la cronología histórica. La versión que consultamos es de 1876, y ya contaba con cuatro ediciones arregladas por el tipógrafo Francisco Díaz de León. El acomodo historiográfico elegido por el autor comienza con el Descubrimiento y la Conquista, la segunda parte se refiere a la Historia antigua, mientras que la tercera al periodo de la Independencia hasta 1876; a manera de corolario se

² En su prólogo agradece a los gobernadores de los estados sin especificar quiénes son los que adoptaron su obra como texto.

ubicar tres secciones: los principales acontecimientos de Europa, los Estados Unidos y América del Sur, un listado de los Reyes indígenas, otro para los gobernantes a partir de la Conquista y un resumen de los acontecimientos acaecidos hasta abril de 1876.

Manuel Payno toma la decisión de comenzar con el descubrimiento de América, en lugar de hacerlo con la Historia antigua, porque explica que tal fue el orden natural de los sucesos históricos. En otras palabras, antes de que llegaran los españoles “no podía saberse cosa alguna respecto de las gentes que habitaban estas tierras, sus costumbres, religión y forma de gobierno” (1898: 48). Fueron los religiosos de diversas órdenes quienes aprendieron “la lengua mexicana, recogieron las pinturas y mapas que quedaron, oyeron las narraciones de los indios ancianos, observaron los ritos y las costumbres, y escribieron diversos libros. Este es el origen y los fundamentos de la historia antigua” (48). Aún no se concebía la posibilidad de estudiar a los pueblos originarios a partir de las comunidades vivas cuyas lenguas, costumbres, ritos y mitos convivían en las distintas regiones del país; se prefirió reconocer con honestidad la mediatización de las interpretaciones españolas de los libros y códices, sin que por ello se advirtiera una pugna entre las raíces indígenas y las hispanas, cuyo debate fue propio de los años previos al *Compendio de historia*.³ En todo caso es una cuestión de orden en el relato muy distinto a la que ocurrirá, por ejemplo, en los cinco tomos de *México a través de los siglos*, cuyo nombre completo es *Historia general y completa del desenvolvimiento social, político, religioso, militar, artístico, científico y literario de México desde la antigüedad más remota hasta la época actual* (1884-1889). Tal parece que desde el título se anunciaba la reconciliación y pervivencia de la nación mexicana a través del tiempo a la manera de una evolución que concluye con la fundación de la República. Esta obra sentó un precedente editorial del que abreviarán los manuales de historia para los establecimientos escolares: en su prolija presencia, las imágenes, mapas, grabados, retratos y dibujos sumaron la fabulosa cifra de

³ Enrique Florescano recuerda las reflexiones en torno a la búsqueda de unión entre las distintas épocas en que podía dividirse la historia de México. Fue José María Vigil quien se dio cuenta de que las pugnas entre las distintas versiones del pasado contribuían a una identidad común entre los mexicanos: “Un sentimiento de odio al sistema colonial nos hizo envolver en un común anatema todo lo que procedía de aquella época, sin reflexionar que sean cuales fueren las ideas que sobre ello se tengan, allí están los gérmenes de nuestras costumbres y de nuestros hábitos, y que su estudio, en consecuencia, es indispensable para el que quiera comprender los problemas de la actualidad” (Florescano, 2004: 348). En este contexto, se impulsó la forja de la identidad cultural compartida por los diversos grupos sociales. “El relato integrador de las diversas raíces de la nación que pedía Vigil se tornó realidad en *México a través de los siglos*” (2004: 349).

dos mil láminas, la mitad de ellas encargadas por el director de la obra, Vicente Riva Palacio y por el editor Santiago Ballezá (*apud* Florescano, 2004: 354), mostraron una nueva manera de narrar los sucesos históricos. La impronta del positivismo, la preferencia por la historia política, el uso del recurso biográfico muestran la deuda con los postulados de Charles Seignobos y Charles Victor Langlois, autores de *Introduction aux études historiques*, acerca de una historia en la que se destacaba la perspectiva diacrónica, política y que seguía el avance evolutivo de los acontecimientos.

Manuel Payno recurre al uso del diálogo simulado para narrar los hechos principales, salvo en el periodo colonial, para el que prefiere seguir la cronología. Aquí se refuerzan los epítetos que pervivirán buena parte del siglo xx. A Félix María Calleja lo llama “sanguinario” y de un instinto feroz y cruel, déspota a quien precede un nombre de sangre. A los héroes de la Independencia les tiene reservada la admiración y el enaltecimiento de sus hazañas; sólo el tiempo permitirá juzgar sus actos ominosos y por ahora sólo queda espacio para la veneración. La prosa de Payno es cautivadora, sus 359 páginas están desprovistas por completo de ilustraciones, y narran hechos incluso muy próximos a la escritura de su libro. El pasado es presencia en Payno, y decide abreviar de las numerosas publicaciones que comenzaban a circular desde entonces en la ciudad de México: *El Siglo XIX*, *El Ferrocarril*, *La Paz*, *El Federalista*, *El Correo de México* y *El Monitor*; al escritor que fue Manuel Payno le parece que había calma política y se vislumbraba la reconstrucción nacional:

La conceptualización liberal de la nación mexicana que privilegia el protagonismo del pueblo, se refleja en el *Compendio* con su interpretación del movimiento de Independencia como una insurrección popular. La centralidad de las instituciones republicanas para la existencia de la nación también está presente [...]. La obra no sólo presenta al Partido Liberal/Republicano como la encarnación de la nación, sino que a partir de la edición de 1874 también justifica las guerras que plagaron las primeras cinco décadas de México en aras de lograr la Independencia (Zepeda, 2012: 234).

La postura liberal del también coordinador de *El libro rojo* marcó la participación del intelectual en la redacción de historias para niños y jóvenes. Tendrían que pasar todavía algunos años más para que la versión de la historia patria quedara en manos de pedagogos.

JUSTO SIERRA, EL AMOR A LA HISTORIA PATRIA⁴

La joven nación mexicana requería libros que contaran su historia pasada y reciente desde una mirada moderna. La escuela primaria estaba llamada a ser la maestra y transmisora de esas nuevas historias que se iniciaban con el pasado prehispánico bautizado con el nombre de “historia antigua” y seguían paso a paso los relatos de la Conquista hasta la Independencia y la Reforma. Esta tarea fue asumida por el prolífico escritor Justo Sierra a través del *Primer año de Historia patria* y el *Segundo año de Historia patria*. Los libros saludaban desde sus páginas iniciales la presencia de Ernest Lavisse, en quien reconocen al primer profesor de historia en Francia, “un verdadero educador nacional en toda la fuerza de la expresión” (1894: s.f.). Lavisse creó un método basado en biografías, ilustraciones, mapas, textos breves, cuestionarios y resúmenes que debían ser trabajados por los niños; cada actividad ejercitaba la memoria y se distinguía fundamentalmente por la brevedad de los contenidos. Justo Sierra dedicó su primer curso de historia a sus hijos y luego a los niños mexicanos, a quienes dice: “el amor a la patria comprende todos los amores humanos. Ese amor se siente primero y se explica luego”. Cada página desplegada buscaba dar cuenta de las razones verificables de ese sentimiento amoroso. Y una vez

⁴ Autor del *Primer y Segundo años de Historia patria* editados por la Librería de la Viuda de Ch. Bouret en 1894. Los dos volúmenes fueron dictaminados por los maestros de la Escuela Normal Veracruzana con un resultado positivo que los colocó como textos obligatorios para tercero y cuarto de primaria. En la figura de Justo Sierra se resume al estadista interesado en las nuevas generaciones, uno de los grandes educadores de finales del siglo XIX y primera década del siglo XX, fundador de la Universidad Nacional de México; colaboró con Gabino Barrera como catedrático de la Escuela Nacional Preparatoria; profesó la filosofía positiva y participó en los debates que la fueron ubicando como fuerza política. Con respecto a su postura, sostuvo el contenido liberal de la educación pública y la utilización de libros de texto de clara ideología liberal. Leopoldo Zea ha resaltado aspectos políticos en la obra de Justo Sierra: la recuperación de un liberalismo que se resiste a morir y reclama una vuelta a las tradiciones de la Reforma. “Se trata de restaurar la tradición liberal por la enseñanza de la historia y la formación de un civismo constitucionalista; incide también, en este plan, la preocupación por incorporar a todos los mexicanos en un noble propósito de unidad nacional” (Álvarez Barret, 2011: 97). Pero no sólo fue autor de libros de texto sino de una amplia gama de ensayos. Pienso en el clásico *México: su evolución social*. Fue un trabajo deudor de *México a través de los siglos*, con una perspectiva conciliadora entre los partidos liberal y conservador; la obra, editada en tres volúmenes, integró un panorama complejo sobre la población, el territorio nacional, la historia política, las instituciones jurídicas, el federalismo, el municipio, la asistencia social, la ciencia, la literatura, la educación, la agricultura, la minería, la industria, el comercio, las obras públicas, las comunicaciones y la hacienda. Los dos cursos de historia patria para los establecimientos escolares fueron concebidos en un contexto de liderazgo intelectual de Justo Sierra, en un momento particular en el que aspiraba a hacer la síntesis histórica del país.

instalado el orden de las emociones, el camino vislumbrado era, nuevamente, el de la civilización. El indicador para medir el grado de civilidad se mostraba en estos puntos, según lo explica Sierra: 1) más escuelas y más niños en ellas para contribuir al progreso de la sociedad; 2) más ferrocarriles y telégrafos que lleven personas y mensajes a sus destinos; 3) el número de sabios que han aumentado el bienestar social mediante la transformación de la industria; 4) libertad y justicia. Sin estos elementos se dificultará la llegada de una verdadera civilización.

Para comprender mejor el abordaje didáctico e historiográfico de Justo Sierra en estos manuales he seleccionado dos ejemplos; uno tomado de la historia antigua y otro de la Independencia, que además permitirá hacer un cotejo con otros manuales de historia de la época.

Justo Sierra inicia sus primeras lecciones de historia antigua y conquista con una invitación a revisar un mapa de México; lo primero a reconocer es la geografía, los ríos y el territorio. El libro se estructura en capítulos breves que pueden funcionar como clases o sesiones de repaso. El ritmo es el siguiente: aparecen primero el título del capítulo, el sumario, la imagen, la descripción y al final de cada capítulo se incluye un resumen. Las páginas están divididas con un horizonte a mitad de ellas; en la parte superior corre el texto principal y en la inferior algún acontecimiento adicional a destacar; por lo general una biografía de un personaje ejemplar. Hay una continuidad desde las culturas prehispánicas, la Conquista, que Manuel Payno llamaba descubrimiento, el Virreinato, la Independencia, la República (1821-1857), la Reforma y la intervención (1858-1867); el libro concluye en 1871 con la muerte de Benito Juárez.

Ejemplo 1. Tomado de la Historia antigua

Cap. II.

Sumario. 1. Grandeza del imperio azteca. 2. Los reyes aztecas del siglo anterior a la conquista.

Moctezuma II. El imperio azteca tocaba en su apogeo, llegaba al punto más alto de su fuerza y esplendor. Moctezuma o Motecuhzoma era hermano del rey Ahuizotl, el gran conquistador y sacrificador. Cuando la asamblea de los grandes lo escogió entre los miembros de la familia real, él ejercía sus funciones de sumo sacerdote o topiltzin, y el vulgo creía que recibía las confidencias de los dioses Huiztilipochtli y Texcatlipoca, el dios de la luna, el enemigo de Quetzalcóatl y de quien éste había jurado vengarse [...]. Tuvo el ejército azteca, a pesar de su bravura, grandes desastres en estas campañas sobre todo con los Tlaxcaltecas. Los tributos eran tantos y tan onerosos que todo pueblo tributario odiaba a los mexicas [...]. Moctezuma construyó vastísimos palacios y jardines, tuvo casas destinadas a las fieras, a los enanos o personas deformes y levantó templos a los dioses (Sierra, 1894: 36-37).



“Guerrero azteca. Representa el dibujo al emperador Moctezuma II con todos sus arreos militares; es reproducción de una estampa muy poco posterior a la Conquista.” La imagen fue tomada de *Primer año de Historia patria*, de Justo Sierra, editado por la Librería de la Viuda de Charles Bouret, 1894. Imagen redibujada por Samuel Morales.

Justo Sierra nos recuerda que todos disfrutamos al escuchar historias, en especial cuando sabemos que encierran verdades; en este sentido el autor se esfuerza por narrar estos acontecimientos con un estilo ameno, breve y con ciertos elementos que perfilan la continuidad de los hechos. Al final de la vida de Moctezuma se nos informa que al príncipe guerrero lo aquejaba la tristeza por el retorno de Quetzalcóatl y, sin saberlo, anunciaba la llegada de los españoles; por su parte, la colaboración de los tlaxcaltecas se explicaba como una respuesta a los actos despóticos cometidos en contra de ellos y no como una mirada de la traición con relación a la conquista de México, que será tema del capítulo siguiente.

Se advierte que el historiador que fue Justo Sierra no calló su opinión sobre las monarquías que conllevaban el despotismo y la injusticia; en cambio,

la república y la democracia son dignas de admiración cuando se les une la libertad; sin duda es la postura de un defensor del liberalismo la que permea el manual de historia con las acotaciones a los hechos históricos.

Resalta el dibujo estilizado del personaje: el trazo delicado y los atributos que por siempre serán distintivos de Moctezuma: la capa, una lanza, el penacho emplumado; la postura del cuerpo parece, en efecto, la de un “emperador” en posición de mando; a su manera es un retrato de cuerpo completo y funciona como una biografía ilustrada. Por otra parte, la narración de Justo Sierra alcanza algunos elementos fabulosos en la descripción de los palacios con sus casas habitadas por enanos y personajes deformes. Es una historia que encierra verdad pero no niega la imaginación a partir de los documentos históricos, a los que, conforme describe, también interpreta y comenta. El libro es un acto de interpretación amorosa que descifra y revela a Justo Sierra aún más que a los acontecimientos políticos y literarios concretos.

SEGUNDO CURSO DE HISTORIA

Si el primer volumen de esta obra fue dirigido a los niños, el segundo es un mensaje enviado a los maestros de escuela a quienes

Como la inmensa mayoría de la población escolar no conocerá de la historia patria otra cosa que lo que se enseñe en la escuela obligatoria, he procurado que, tanto el libro anterior como éste, estén bien nutridos de hechos que queden, sin embargo, perfectamente explicados [...]. El método debe consistir para estudiar este texto en considerarlo primero como un libro de lectura. Cuando ya esté un capítulo bien releído y explicado y; sobre todo, bien entendido, cuando el resumen haya fijado en la memoria la substancia de la lectura entonces con el cuestionario hay que dejar que el niño se esfuerce con la respuesta y encaminarlo a una redacción cada vez mejor [...]. *El alumno se fijará su propio texto*, fijará para siempre en su espíritu las enseñanzas de la historia nacional (Sierra, 1894: s.f.).

El método del libro solicita atención y seguimiento de las secciones divididas en descripciones, resúmenes, glosarios, cuestionario e imágenes. El libro aquí era necesario como base para conducir el empleo de la obra por parte de maestros y niños. Es frecuente encontrar mensajes de Justo Sierra sobre la parsimonia que se debía aplicar en el estudio de la historia: las repeticiones, los repasos y sobre todo la reescritura o redacción de lo comprendido; podemos decir que el objetivo último era esa construcción o fijación del “propio texto”. Este procedimiento se fue desvaneciendo con los años en la educación escolar: cada vez se comprende menos lo que se lee y se redacta sin pericia.

Ejemplo 2.

Capítulo II. La Nueva España en 1820. Dn Agustín de Iturbide, su misión en el sur. El plan de Iguala

Iturbide. Nacido como Morelos en Valladolid pero incapaz de comprender por su educación y por sus relaciones de familia, la justicia de la revolución iniciada por Hidalgo. El oficial Iturbide como muchos oficiales mejicanos que servían a España, sólo vio en los insurgentes traidores a Dios y a la patria (que era lo mismo que el rey) y los actos salvajes de las multitudes le inspiraron tal horror que creyeron un deber tratarlos sin piedad [...]. El virrey Apodaca quiso acabar de una vez con la resistencia del general Guerrero en el sur y envió allá con magníficas tropas a Iturbide, que hizo al virrey promesa de lealtad, pero que estaba de acuerdo con los españoles conjurados. Sus tropas empezaron a ser batidas por las de Guerrero y entonces Iturbide concibió la noble y santa intención de unirse con el caudillo insurgente, y haciendo a un lado sus compromisos de realista, y de conjurado, proclamar la Independencia, y así lo hizo. Con abnegación incomparable Guerrero se puso a sus órdenes y el 24 de febrero de 1821 en el plan de Iguala fue proclamado, que tenía por base, “las tres garantías”, es decir, la religión, la unión entre los españoles y los mejicanos y la Independencia, quedando convertida la Nueva España en un Imperio mexicano.



“Iturbide. Mejicano al servicio de España durante la Independencia hasta que se pronunció en Iguala y consumó la obra iniciada por Hidalgo. Declarado emperador de Méjico, fue desterrado luego y fusilado al fin”. La imagen fue tomada del *Segundo año de Historia patria*, de Justo Sierra, editado por la Librería de la Viuda de Ch. Bouret, 1894. Imagen redibujada por Samuel Morales.

Para algunos manuales de historia el acto de renuncia a la persecución de los insurgentes colocó a Agustín de Iturbide como el padre de la patria. No es el caso de Justo Sierra, quien resalta la epifanía de Iturbide en la batalla contra Guerrero, y decide así facilitar la Independencia de México. Me interesa resaltar de este fragmento la idea modificadora de la educación y los valores al interior de la familia, precisamente estos dos elementos habían impedido a Iturbide condolerse con las demandas de los insurgentes. Tenemos en las manos un libro de historia, maestra puntual y confiable, que transmite las ideas liberales que Sierra defendió en el periódico, el púlpito y la conversación y, ahora, las leemos en las páginas de amorosa raíz para niños y maestros.

Los abordajes de Justo Sierra se alejan, en cierta medida, del binarismo entre buenos y malos. En su lugar, prefiere mostrar numerosos detalles concentrados en pocas páginas para que los niños conozcan las diferentes aristas de los hechos. Esta obra fue dictaminada por los normalistas de la Escuela Normal Veracruzana, el 8 de febrero de 1894, por la junta académica integrada por los maestros Luis Murillo, J. de J. Coronado y A. García Figueroa; la resolución fue positiva y se declaró texto para las escuelas primarias, para el tercero y cuarto años, con una salvedad que revela la tensión que entonces se vivía con respecto al libro como herramienta obligatoria en el aula: “En tesis general opinamos los suscritos que, con excepción del libro de lectura, el cual es indispensable, no son muy necesarios los textos en la escuela primaria y que pueden ser aún altamente perjudiciales cuando se les quiere sustituir a la viva voz del maestro y se obliga a los niños a aprender al pie de la letra” (AHBENV, caja 198, 1894, exp. 37).

Esta cita revela la tensión que había entre el lugar de los maestros y la presencia y uso del libro de texto en el aula. Antes de la conformación de las escuelas normales en México, a finales de 1886, proliferaban las Amigas (centros escolares adaptados en patios y casas dedicados a la alfabetización infantil). Una de las primeras quejas de los maestros normalistas es el abuso del libro en la alfabetización y continuación de las lecturas. El papel del maestro normalista estaba llamado a ser protagónico y el libro un apoyo fundamental, pero nunca un sustituto. Esta conversación migró en forma de debate a las revistas pedagógicas de la época. Pienso en *México intelectual*, dirigida por Enrique Rébsamen o en *La enseñanza normal*, de Alberto Correa; cosa curiosa, en un momento de gran efervescencia editorial en el que las casas editoras francesas, españolas e inglesas buscaban con gran interés que los maestros devinieran autores de libros de texto e incluso en la portadilla, debajo del autor, rezaba la frase “maestro normalista”, “director de la primaria”, “supervisor”, los maestros se iban transformando poco a poco en libros de texto, en apellidos

de métodos famosos; todo esto en un momento de pugna entre la palabra del docente y la escrita en las páginas del libro.

Con todo, estaba en juego la voz viva del profesor, la que, habitada por matices y entonaciones, debía llevar el recuento de los acontecimientos históricos; el libro en todo caso tenía el carácter de apoyo pero no se le concedía el lugar del maestro. Otra de las razones que subyace a esta opinión reside en que, durante las décadas precedentes a la inauguración de las escuelas normales en México (1886-1888), las cartillas, los catones o los catecismos lo eran todo; se abusaba del ejercicio memorístico y el maestro debía medir el nivel de aprendizaje de acuerdo a la capacidad de recitar línea por línea una lección. En cambio, los maestros “modernos” estaban llamados a echar mano de una amplia gama de herramientas didácticas que incluía relatos, mapas, ilustraciones, visitas o recorridos a los museos, lecturas en silencio y en voz alta, así como las composiciones a partir de un tema determinado.

Los cursos de historia patria de Justo Sierra fueron aprobados para las escuelas cantonales del estado de Veracruz por las siguientes razones firmadas por los maestros Murillo, Coronado y García:

- a) No degeneran estos libritos en una simple enumeración de batallas, ni una lista de generales y héroes; atienden no solamente al fin formal de la historia, sino también al fin ideal: presentar hermosos ejemplos de abnegación, patriotismo y otras virtudes que contribuirán a formar el tierno carácter de los niños con sentimientos buenos.
- b) Hallamos un medio muy intuitivo. Los grabados se refieren a retratos de personajes, vistas de monumentos, edificios, ruinas de antiguas poblaciones. Tiene también mapas que encontramos bastante pequeños y tal vez sería conveniente que estuvieran iluminados.
- c) No existe en el país obra de mejores condiciones para la enseñanza de la historia patria en los planteles elementales que las del señor Sierra y que si se ponen en manos de los niños que sean guiados por maestros idóneos se obtendrán buenos resultados (AHBENV, caja 198, 1894, exp. 37).

El propósito de los maestros era infundir en los niños virtudes, ideales y valores a partir de las vidas ejemplares presentadas en las páginas. Una vez más la fuerza de la imagen se hace presente para despertar la imaginación, la curiosidad y el diálogo con los niños. Se advierte un reconocimiento al poder simbólico que descansa en el nombre del “señor Sierra”, cuya carrera política cobraba relevancia en el ámbito educativo mexicano. De esta manera, se consagraron los cursos de historia patria de Justo Sierra como las obras favoritas para estudiar la asignatura en las escuelas de México. El propio José Vasconcelos

recuperó el título para la joven Secretaría de Educación Pública y lo designó texto obligatorio para las escuelas del país con una vistosa y colorida portada.

EL LIBRO DE HISTORIA DEL PEDAGOGO ENRIQUE RÉBSAMEN

El 16 de septiembre de 1890, Enrique Conrado Rébsamen firmó el prólogo a la segunda edición de su *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*. El texto atiende y corrige las reflexiones del Primer Congreso Nacional de Instrucción, que se verificó entre 1889 y 1890 y fue presidido por el secretario de Justicia e Instrucción Pública, Joaquín Baranda. Uno de los acuerdos fue la redacción de guías metodológicas “a fin de imprimir a la evolución de la enseñanza nacional el sello de unidad de que hasta ahora carece.” (Rébsamen, 1968: 148). Si bien la historia constituyó un tema primordial en el debate del Congreso Nacional de Instrucción, todavía era pensada como una materia “indudablemente inferior al de la Geografía, la Geometría, la Aritmética, etc.” (1968: 151). Su lugar se encontraba más cercano a la educación moral y el civismo; es ahí en donde parecía superior al resto de las materias de estudio.

En México pervivía una fuerte carga religiosa en la vida cotidiana a pesar de que Juárez hubiera decretado laicidad educativa en 1867 y Sebastián Lerdo de Tejada refrendara la ley con el artículo 4º de 1874 que prohibía la enseñanza religiosa en los planteles oficiales (Solana, 2011: 38). En su lugar, se promovía una moral laica, las hagiografías cristianas cedieron su paso a las vidas de los héroes nacionales y las lecciones de religión fueron sustituidas por la instrucción cívica.

Entre los métodos sugeridos para transmitir la historia, Rébsamen colocó en primer plano al biográfico: “las personas son la historia misma” (1968: 154). Ellas muestran las épocas y los sucesos; los niños dados a imitar pueden sentirse inspirados por las vidas de los héroes nacionales en quienes encontrarán los ejemplos ideales a seguir. Un hombre puede resumir la historia de la humanidad y concentrar valores, voliciones, aspiraciones y momentos concretos susceptibles de ser explicados.

Es sobre todo un “hacer al hombre” para que se reconozca como perteneciente a un lugar real e imaginario. Luz Elena Galván nos recuerda que a la par de Manuel Payno, José Rosas o Felipe Buenrostro firmaban libros para enseñar historia,⁵ existía una práctica lectora identificada con el entorno

⁵ En el horizonte estaban también la *Cartilla de historia de México: primero año para uso de los establecimientos de instrucción primaria* (1894) de Antonio García Cubas; los *Elementos de historia general para las escuelas primarias* (1888) de Justo Sierra y *La patria mexicana: elementos de historia nacional: segundo ciclo* (1900) de Gregorio Torres Quintero.

doméstico “no formal, por medio de la prensa infantil en que los padres leían en voz alta a sus hijos e hijas [...]. En *El Correo de los Niños* se divulgaban artículos relacionados con la grandeza de las pirámides de Teotihuacan o bien con Benito Juárez y con la Batalla del 5 de mayo. Se exhortaba a los niños a seguir el ejemplo de los héroes” (Galván, 2010: 119). Las conversaciones domésticas, las lecciones, en los centros escolares, el respeto a la palabra escrita, las ilustraciones, que fueron poco a poco poblando las páginas de los libros de texto infantiles han configurado un imaginario social y cultural. Los pequeños han sido instruidos en un pasado mítico, en la hagiografía de ciertos héroes al tiempo que han sido orientados a mantener el cuerpo firme, saludar a la bandera, recitar las efemérides del mes en curso, memorizar y declamar poesías a los próceres.

Enrique C. Rébsamen hace un llamado a comprender la historia desde la “memoria” y la “imaginación”: hay que emocionar a los niños y “educar sus sentimientos” (1968: 160). El programa de estudios planteado por el Congreso de Instrucción Pública presentó la enseñanza de la disciplina en forma escalonada: de entrada, se comenzaría en el segundo año escolar con relatos y conversaciones familiares sobre los *personajes más notables* y los hechos de la historia nacional desde los tiempos remotos “hasta nuestros días”; en el tercer año se expondrían las ideas generales sobre la historia antigua y la época colonial explicando los sucesos más importantes y los caracteres principales de la cultura; durante el cuarto año se revisaría la vida de Hidalgo y la Guerra de Independencia, Santa Anna y la guerra con los Estados Unidos, Comonfort y la Constitución de 1857, Juárez, la Reforma y la intervención francesa; ya para el quinto año escolar se abordarían, a manera de repaso, los hechos que cambiaron la faz del país a través de pequeñas *biografías*; finalmente, el sexto año estaría dedicado a la historia de las grandes civilizaciones y los acontecimientos más salientes en el mundo para despertar “el amor a la familia humana”. A todas luces, llama la atención la preminencia del método biográfico sobre otras herramientas de transmisión del conocimiento. Una vez más salta la pregunta por la elección de ciertas vidas de héroes nacionales, al tiempo que nos permite conocer el *gusto* de una sociedad inclinada por la vida de Antonio López de Santa Anna. Las elecciones, preferencias e intereses lectores nos revelan una interpretación de la realidad que cambia de acuerdo a la época y a los actores. Ésta, sin embargo, no fue la postura de Rébsamen, pues en su método se quedó sólo con Hidalgo, Morelos e Iturbide, en quienes resumió los periodos históricos de México. El poeta, narrador e historiador Guillermo Prieto refutó la triada y propuso en su lugar a Hidalgo, Morelos, Rayón, Mina, Guerrero e Iturbide. Para esta división tuvo en cuenta lo siguiente:

Hidalgo inicia, *Morelos* formula, *Rayón* aclara las tendencias de Hidalgo y la suya que se arrima a las clases, *Mina* rectifica y descubre la debilidad del gobierno español, *Guerrero* mantiene la esperanza del triunfo, *Iturbide* se alía a la causa de los serviles, falsea el movimiento de Dolores, engaña a Apodaca, proclama el plan de Iguala, que es una transacción páfida y lo sacrifica todo a su ambición (Rébsamen, 2002: 111).⁶

Enrique Rébsamen había expresado que “no debe el maestro ponerse al servicio de determinado partido político, religioso o social, sino guardar la mayor imparcialidad y practicar la verdadera tolerancia. El maestro no debe falsificar la historia”. Y añadió: “La escuela debe ser un verdadero templo de la tolerancia; en sus aulas pueden sentarse niños católicos, protestantes y otros, hijos de liberales y conservadores, sin que se ofendan las creencias de unos ni de otros [...]. ¡Sed pues verídicos, maestros! ¡No falsifiquéis la Historia, ni con la mejor intención, ni siquiera por *patriotismo!*” (Rébsamen, 1968: 171-172). El ataque más frontal para el maestro Rébsamen provenía de su condición de extranjero: había pisado suelo veracruzano apenas el 18 de mayo de 1883 proveniente de Suiza. México era entonces predominantemente liberal y parecía calar hondo que un extranjero hiciera el llamado a una instrucción apolítica y, además, redactara la primera *Guía metodológica* casi inmediatamente después del primer Congreso pedagógico. Pero más allá de las diferencias existían

⁶ Es conocida la polémica entre Enrique Rébsamen y Guillermo Prieto sobre la *Guía metodológica para la enseñanza de la historia*. El poeta publicó cinco artículos en *El Universal Ilustrado* del 23 de enero al 5 de febrero de 1891. La última colaboración en el diario es acaso la más frontal y rica en cuanto a argumentos sobre el libro de Rébsamen. Prieto discute tres tesis extraídas de la lectura del pedagogo suizo:

Primera: En la enseñanza no se debe hablar de política.

Segunda: En la enseñanza no debe haber partido.

Tercera: El sentimiento patriótico debe desarrollarse con buenos ejemplos de virtudes cívicas (Rébsamen, 2002: 117).

Aunque el autor de *Lecciones de historia patria para los alumnos del Colegio Militar* (1886) no procede en forma sistemática para responder puntualmente a los postulados que considera distintos a sus convicciones, propone por lo menos tres contraargumentos que revelan las ideas de patria y responsabilidad política en el contexto educativo:

1. Para nosotros en la escuela se nace a la patria, se respira la patria. En sus brazos nos debe esperar la religión santa de su libertad, de su honra y de su gloria.

2. La patria es la fe en el progreso de nuestro suelo y el calor maternal de nuestro hogar querido.

3. Porque es necesario no ser hipócritas. Un gobierno es hijo de un partido político con su programa político y social; y puesto que cobró sus títulos en determinados principios que constan en sus instituciones como programa y pacto con el pueblo, la propaganda de esos principios es de su deber para consolidarse y aspirar al progreso (Rébsamen, 2002: 118-120).

puntos de contacto, los dos confiaban en la historia para exaltar los valores patrióticos de la Independencia, los dos creían en la narración y la lectura dramatizada o en voz alta para atraer la curiosidad e interés de los alumnos. El método de Rébsamen se basaba en la modulación de una voz poderosa y atractiva para atrapar la atención por medio de “cuentos”. El acento estaba colocado en la pericia del profesor quien debía mostrar histrionismo y talento sin caer en la afectación ridícula. La voz del maestro era una continuación de la lectura que el padre de familia ejercitaba al contar los pasajes de *El Correo de los niños* en el entorno doméstico. La práctica lectora ya estaba arraigada en la pequeña proporción de familias alfabetizadas que acostumbraban a recrear pasajes históricos.⁷ La propuesta de Rébsamen partía de lo conocido e inmediato para migrar a lo desconocido y lo remoto. Cabe recordar que el plan de estudios proponía echar mano de “relatos y conversaciones *familiares* sobre los personajes más notables”. El país aspiraba a una cohesión nacional y la metáfora empleada con el propósito de unificar coincidía con un llamado a la construcción de una “gran familia” mexicana.

EL MÉTODO BIOGRÁFICO

Rébsamen advierte a los maestros sobre el abuso de memorizar fragmentos de libros, ya que los alumnos y los maestros se vuelven autómatas que dejan de escuchar, ver y pensar. Y agrega que se vive la esclavitud del libro de texto. En su lugar, propone la clase oral, conversacional y más cercana a los cuentos o narraciones: “¿Habéis escuchado alguna vez en las largas noches de invierno los cuentos de vuestra abuelita [...]? ¿Os habéis fijado en las ‘reflexiones’ que tales cuentos despiertan en la mente de los niños? ¿Lo habéis hecho todo esto [...]? Pues id en paz, maestros, nada puedo enseñaros; tenéis el verdadero método” (Rébsamen, 1968: 170). Hay una dicotomía entre el uso del texto escolar y las narraciones orales; el libro y los materiales didácticos constituyen anclajes y guías que todavía no estaban estandarizados en la instrucción pública. Rébsamen vive aún en el periodo de transición y consolidación de autores, editoriales y círculos pedagógicos que reflexionaron en torno a los manuales didácticos para el aprendizaje de la lectura, escritura, humanidades y ciencias. El también autor de *La enseñanza de la escritura y la lectura en el primer año*

⁷ El analfabetismo en México era de 70%, según el censo de 1910, de una población total de 15 139 855, el número de personas iletradas era 10 324 484; en 1913, los individuos que sabían leer y escribir sumaban 3 045 385 contra 11 750 996 que eran analfabetos (*apud* Torres Aguilar, 2009: 93).

proponía el uso de ilustraciones, estampas⁸ y mapas para la enseñanza de la historia, “después de que el maestro haya hablado en su exposición de ciudades, ríos, montañas, etc., deben buscarse estos puntos en el mapa mural y los Atlas manuales que tengan los alumnos [...]. Conviene también acostumbrar a los alumnos a que señalen con el dedo la dirección en que se encuentran tales lugares e indiquen su distancia” (Rébsamen, 1968: 181). Los libros, los mapas y las estampas estaban llamados a performar acciones: leer en forma dramatizada, apuntar con el dedo un mapa, mirar e interpretar las imágenes son acciones para ser guiadas o dirigidas por el profesor. ¿Realmente ocurría de esta forma en el día a día escolar? Ya se sabe que de la teoría a la práctica hay un camino sinuoso lleno de irregularidades; por lo menos esta obra deja constancia de una aspiración, del plano ideal, aunque no de las actividades efectivamente realizadas para el aprendizaje de la historia.

Lo enriquecedor de la *Guía* es que al estar dirigida a los maestros, se encuentra poblada de acotaciones, consejos y advertencias sobre cómo debe ser abordado un tema, cómo deben leer los maestros, e incluso prevé las respuestas de los estudiantes. A la manera de un libro partitura que contiene las claves para ser leído, Rébsamen nos revela el proceso de construcción de los mitos nacionales con herramientas lingüísticas precisas. Por ejemplo, nos informa que es necesario mostrar a los héroes hablando y citar textualmente sus expresiones y máximas: “el respeto al derecho ajeno es la paz, son frases que se graban profundamente en la conciencia de los niños. Cabe en la misma exposición del maestro dar alguna vez lectura a documentos históricos de cierta trascendencia”. En cambio, el maestro suizo añade:

a los alumnos de segundo año escolar no pueden exigírseles abstracciones de orden elevado. Todos los esfuerzos del maestro para hacerles comprender ideas tan abstrusas para ellos como “gobierno representativo”, “derechos del hombre”, “soberanía popular”, serían tiempo perdido. No puede esperarse tampoco que sean capaces de descubrir por medio de una serie de juicios y raciocinios, algo referente a las relaciones de causa y efecto entre sucesos y periodos históricos (Rébsamen, 1968: 191).

Es aquí cuando constatamos la marcha de las decisiones pedagógicas que han influido desde 1890 en la manera de aprender la historia. Seguimos creyendo que los niños fijan de mejor forma las imágenes o las historias orales; sin duda eso es verdad, pero qué pasa con la estimulación de la inteligencia y los

⁸ Aún no he podido tener acceso a una obra citada por Enrique C. Rébsamen como un surtidor de imágenes para ser utilizadas en clase, me refiero al *Álbum de la patria* de Santiago Hernández.

desafíos intelectuales que proponen los textos más complejos. En este tenor, el debate puede ampliarse a la manera en que se enseña historia pues propone una idea construida de nación mediante la lenta y paciente marcha del tiempo.

No hay matices: hay buenos y malos, héroes y villanos. La educación ha sido un instrumento de reconfiguración y unidad social a través de modelos biográficos clave. Francisco Bulnes, en su clásico *Las grandes mentiras de nuestra historia*, se preocupaba por la enseñanza de acontecimientos verídicos que beneficiaran el espíritu de la niñez. “¿Se enseñan leyendas, fábulas y apologías de secta? Me desalienta y preocupa esta historia, forma y fondo del siglo XIII. ¿Se comienza a enseñar la verdad? Convengo entonces en que cierta y afortunadamente vamos entrando en un digno y sereno periodo de civilización” (Bulnes, 1991: 33). ¿En qué momentos estas historias contadas por los maestros con un tono emotivo rayan en el engaño o autoengaño? ¿Cómo se acercan a una historia patria única que comienza a tener tintes de nacionalismo? En esta frágil línea transitan los educadores, los intelectuales pedagogos que se han encargado de traducir los pactos acordados en los congresos pedagógicos, las leyes promulgadas por los gobernantes, pero que ellos y sólo ellos en el ámbito de un salón de clases acercan a los niños mexicanos.

Somos testigos del patriotismo histórico inaugurado por los historiadores y los pedagogos quienes desentrañaron sus propias ideas de nación antes de transmitir las a sus pares y alumnos. Los maestros crearon visiones heroicas que serán contadas una y otra vez hasta nuestros días con la seguridad de que tendrían la voz y el gesto de la autoridad máxima en el salón de clases.

La historia es un relato que se adhiere a los pliegues de nuestra memoria; todavía más si va aparejada de la voz de un maestro que admiramos: suele dejar entonces una indeleble huella en el niño que fuimos y el adulto que somos. Nos llevará un tiempo valioso y pertinente poner a discusión los relatos que nos contaron, algunos textos quedarán *fijados* para siempre en nuestra vida y, con todo, serán esos relatos la voz que nos conforma. La transición del escritor al maestro y del maestro vuelto escritor tiene puntos de encuentro y distancia en medio de una búsqueda ansiosa por ser un país, por escuchar historias personales y por acercarnos al mapa y a la persona, a esa hoja de ruta que es el teatro de nuestra vida y a esos actores subrayados que también silenciaron la marcha de otras voces.

LA
BIBLIOTECA AMERICANA,

MISCELÁNEA DE LITERATURA,

ARTES I CIENCIAS.

POR
UNA SOCIEDAD
DE AMERICANOS.

TOMO I.

José Vasconcelos


LONDRES:

En la imprenta de don G. MARCHANT, Ingram-Court;
SE HALLARÁ EN CASA DE BOSSANGE AND CO. GREAT MARLBOROUGH-STREET
AND REGENT-STREET; BOOTH, DUKE-STREET, PORTLAND-PLACE; AND J. M.
RICHARDSON. CORNHILL. OPPOSITE THE ROYAL EXCHANGE.

Imagen 1. Portada del libro *Historia patria*, de Justo Sierra, 1922, publicado por José Vasconcelos para la Secretaría de Educación Pública.



Imagen 2. Página interior del libro *Historia patria*, de Justo Sierra, que revela la imagen de un guerrero azteca.

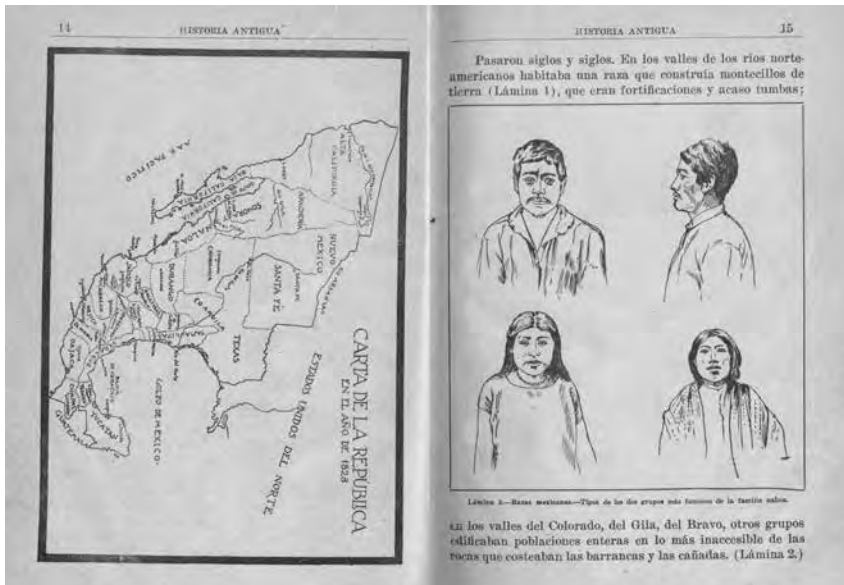


Imagen 3. Carta de la República Mexicana en el año 1828 reproducida en el libro de *Historia patria* de Justo Sierra, edición de 1922. A la derecha se puede ver una estampa de las razas mexicanas.



Imagen 4. Imagen coloreada de un niño sosteniendo la bandera que se ubicaba en las páginas interiores del *Método Rébsamen de lectura y escritura*, publicado por la Librería de la Viuda de Charles Bouret en 1903.

ARCHIVOS

Archivo Histórico de la Benemérita Escuela Normal Veracruzana
 Archivo Municipal de Xalapa, Fondo México independiente

BIBLIOGRAFÍA

- BULNES, Francisco (1991), *Las grandes mentiras de nuestra historia. La nación y el ejército en las guerras extranjeras*. México: Conaculta.
- FLORESCANO, Enrique (2002), *Historia de las historias de la nación mexicana*. México: Taurus.
- MANTILLA, Luis F. (1877), *Libro de lectura núm. 1*. México: Imprenta Murguía.
- (1898), *Libro de lectura núm. 2*. París: Librería de Hachette y Cia.
- (1913), *Libro de lectura núm. 3*. México: Librería de la Viuda de Charles Bouret.
- PAYNO, Manuel (1870), *Compendio de Historia de México para el uso de establecimientos de instrucción pública en la República Mexicana*. México: Imprenta de la F. Díaz de León.
- RÉBSAMEN, Enrique (1890), *Guía metodológica para la enseñanza de la historia en las escuelas primarias elementales y superiores de la República Mexicana*. Jalapa: Imprenta del gobierno del estado de Veracruz.
- SIERRA, Justo (1894), *Primer año de Historia patria*. México: Librería de la Viuda de Charles Bouret.
- (1894), *Segundo año de Historia patria*. México: Librería de la Viuda de Charles Bouret.
- (1922), *Historia patria*. México: Departamento Editorial de la Secretaría de Educación Pública.
- TORRES AGUILAR, Morelos (2009), *Cultura y revolución: la Universidad Popular Mexicana (Ciudad de México, 1912-1920)*. México: UNAM.
- VÁZQUEZ DE KNAUTH, Josefina (1970), *Nacionalismo y educación en México*. México: El Colegio de México.
- ZEPEDA, Beatriz (2012), *Enseñar la nación. La educación y la institucionalización de la idea de la nación en el México de la Reforma (1855-1876)*. México: Fondo de Cultura Económica-Conaculta.
- ZILLI, Juan (1961), *Historia de la Escuela Normal Veracruzana*. México: Editorial Citlaltépetl.
- (1966), *Reseña histórica de la educación pública en el estado de Veracruz*. Jalapa: Gobierno del estado de Veracruz.

ZOLLINGER, Edwin (1957), *Enrique Rébsamen. El renovador de la instrucción primaria en México*. Jalapa: Edición de la Dirección General de Educación del Estado de Veracruz.

REVISTAS PEDAGÓGICAS

Boletín de la Enseñanza primaria del Estado de Veracruz-Llave (1907). Xalapa: Oficina Tipográfica del Gobierno del Estado.

La educación [revista argentina] (1887). Dirigida por M. Sarsfield Escobar.

La escuela moderna. Periódico quincenal pedagógico (1889-1890). Dirigido por Victoriano Pimentel.

La enseñanza primaria (1903). Dirigida por Gregorio Torres Quintero, México.

La enseñanza normal (1907). Dirigida por Alberto Correa, México.

México intelectual (1894). *Revista pedagógica y científico literaria*. Dirigida por Enrique Rébsamen y Emilio Fuentes y Betancourt, publicación quincenal, tomo xi, enero-junio.

Revista de la instrucción pública mexicana (1896). Dirigida por Ezequiel A. Chávez, México.

Revista pedagógica Argentina. Órgano del Centro Unión Normalista (1888) Buenos Aires: Imprenta de Juan A. Alsina.